

EN TORNO AL DIALECTO DE ACAYA Y SUS COLONIAS EN LA MAGNA GRECIA

(A propósito de un reciente libro de Alberto Giacomelli)

A book by A. Giacomelli provides occasion for this review-article where recent dialectological research on the inscriptions of Achaean colonies in Magna Graecia is critically surveyed. The problems addressed include some idiosyncratic uses of <F> and <Z>, linguistic contact in Magna Graecia (pre-Achaean remnants, convergence, Doric Koiná), nom. Η(έ)ρακλῆς, etc. Special attention is paid to the debate of whether the Achaean dialect originally belonged in the *Doris mitior* with a system of seven long vowels, as the evidence furnished by recent inscriptions in Peloponnesian Achaea seems to suggest, or — to judge from the scanty data available for the colonies — in the *Doris severior* with only five long vowels. Contrary to current opinion, it is the mother city which must have preserved the original situation.

§ 1. Introducción. § 2. Descripción del libro de G. § 3. El *Corpus* de inscripciones. § 4. Observaciones sobre el «Esbozo de una gramática histórica». § 4.1. «Italocentrismo». § 4.2. Φάλλος. § 4.3. Grafía <Z> en ἡέζατο y τέζατα. § 4.4. ἡέζατο y aoristos en -ξ-. § 5. Convergencia dialectal en Magna Grecia. § 5.1. ¿Koiná dórica? § 5.2. Rasgos considerados impropriamente dóricos. § 6. Rasgos ajenos a los dialectos occidentales. § 7. Peculiaridades «aqueas» § 7.1. Las vocales medias largas en Acaya y en las colonias. § 7.2. Problemas de exposición. § 7.3. ἰαρός/ιερός. § 7.4. Posibles elementos predorios. § 8. Otras cuestiones. § 8.1. Aor. ἀρόχθεν. § 8.2. h-. § 8.3. Κλεόμοτος. § 8.4. Δεξιλά-Fō. § 8.5. Χίθ. § 8.6. Grafías -νφ-, -νπ-, -νκ-. § 8.7. Στρίμπονος. § 8.8. ἀνκλεπτετό. § 8.9. ¿'Αράνθροπος? § 8.10. ταύτό. § 8.11. 'Επίκουρος. § 8.12. Ζαο[τ]ύχ[αι]. § 8.13. Εὐαρίδα. § 8.14. Πατροκ[λῆς]. § 8.15. Η(έ)ρακλες. § 8.16. 'Αχελείο. § 8.17. α > ε y ε > α. § 8.18. ¿Adjetivos patronímicos en -δας? § 9. Conclusión.

1. Entre todos los dialectos griegos, el de Acaya destaca por ser uno de los peor atestiguados. La falta de documentación epigráfica es

sobre todo desesperante en lo que se refiere a la época arcaica: las inscripciones de que disponemos, escasas —no llegan a la media docena; cf. Jeffery (y Johnston) 1990: 221-224 y 451— y muy breves, no permiten definir ni siquiera de manera aproximada los contornos de este dialecto. Tampoco son de gran ayuda las inscripciones en alfabeto aqueo encontradas en Itaca y Cefalonia. El informe sobre las campañas de excavación más recientes en Acaya, que A. Rizakis presentó con ocasión del «1.^{er} Simposio sobre Acaya y Elide en la Antigüedad» (Atenas, 19-21 de mayo, 1989), no da pie para pensar que la situación vaya a cambiar radicalmente en los próximos años. Es, sin embargo, de esperar que las exploraciones que se han emprendido, se vean pronto recompensadas con hallazgos que arrojen nueva luz sobre muchas de las incógnitas todavía por resolver.

Por el momento, nuestra concepción de lo que pudo ser el dialecto de Acaya en época arcaica, depende casi por completo de los datos que nos proporcionan las inscripciones de las colonias aqueas de la Magna Grecia, cuyo estudio no se había abordado hasta ahora de una forma global. Las aportaciones de Landi (1971), (1979: 77-79) son parciales y adolecen de algunos defectos. La reciente monografía de Roberto Giacomelli trata de suplir una evidente laguna en los estudios de Dialectología griega*.

2. G. ha estructurado su libro en dos partes bien diferenciadas. En la primera (pp. 9-105), el *corpus* de 59 inscripciones —breves o muy breves en su mayoría— se articula en tres secciones: inscripciones de Síbaris y su colonia Posidonia (n.^{os} 1-20); Crotón y sus colonias (Caulonia, Terina, Petelia) junto con las ex-colonias de Síbaris (Témesa, Pandosia) que, desde finales del s. VI, tras la destrucción de su metrópoli, se integraron en la esfera de influencia crotoniata (n.^{os} 21-32); inscripciones de Metaponto (n.^{os} 33-59). Dentro de cada sección, el orden de los textos responde a un criterio cronológico comenzando por los de fecha más antigua. Las dificultades de las inscripciones se discuten en notas que hacen las funciones de comentario filológico.

* Roberto Giacomelli, *Achaea Magno-Graeca. Le iscrizioni arcaiche in alfabeto acheo di Magna Grecia*. Brescia, Paideia Editrice, 1988, 105 pp. 20.000 liras.

En la segunda parte (pp. 85-98), de estructura un tanto inconexa, G. traza unos «Lineamenti di grammatica storica». Tras una breve introducción sobre la clasificación dialectal del dialecto aqueo, se estudian en secciones sucesivas las características alfabéticas y epigráficas de las inscripciones, *digamma*, uso de la *qoppa*, grupos consonánticos, consonantes geminadas, grafías con <Z>, aspiración y psilosis, rasgos de la *koiné* dórica, elisión y crasis, $\alpha > \epsilon$, patronímico y peculiaridades aqueas. En más de una ocasión, se vuelve sobre cuestiones ya tratadas en la primera parte: p. ej., el apartado sobre la grafías con <Z> repite sin aportar nada nuevo lo expuesto en el comentario de la inscripción n.º 24. Reiteraciones como esta podían haberse evitado con entera facilidad mediante unas simples referencias internas.

El libro termina con una bibliografía de las obras de carácter más general (pp. 99-100) y un útil *index verborum* (pp. 101-104), en el que G. ha omitido algunas partículas, pronombres y preposiciones (la única ausencia de importancia son las formas del artículo). G. debería haber distinguido entre las formas realmente atestiguadas en las inscripciones y las reconstruidas en mayor o menor medida para no crear falsas expectativas en el lector¹. También desmerecen algunos errores en la ordenación alfabética de las entradas: es el caso de Ἀράνθηρος, ἄν παλιν [sic], πολιτᾶν y Πιξούντιος.

La presentación del libro es atractiva. Las erratas son escasas y sin trascendencia: tal vez sea una excepción Φισῶμᾶκος, que aparece en la p. 13, n. 4 como un compuesto, en contraste con la lectura Φίσο μακος τε παχος τε [sic] (sc. Φίσῶν μᾶκος τε πάχος τε) adoptada en la p. 11 (inscripción n.º 1, 4; Síbaris, ¿ca. 625-550?) y p. 13, n. 6.

3. Por lo que respecta a la primera parte, merece subrayarse el hecho de que el *corpus* de G. recoge veinte inscripciones que no figuraban en el repertorio de Landi (1979), la mayoría de ellas —pero no todas (cf. n.ºs 15, 24, 47)— publicadas con posterioridad a esa fecha

¹ La eliminación de los ángulos y corchetes en las formas griegas fuera de lo que es estrictamente el texto de las inscripciones llega a producir espejismos (cf. *infra* § 8.14) o conduce a una argumentación tan superflua como la de la p. 94: «Si noti *h*-conservato ancora nel tardo VI secolo in *h*υγιείας, *avvertendosi però che la forma è largamente incerta e la prima sillaba è supplita* (cursiva mía: J.M.D.)». En efecto, lo que aparece en el texto n.º 37 (Metaponto, s. VI) es [h]υγι[ε]ίας.

(cf. ahora también Jeffery y Johnston 1990: 456-459). Al *corpus* de inscripciones de las colonias aqueas se ha venido a añadir una inscripción en alfabeto aqueo sobre una vasija (Posidonia, ¿ca. 480-470?) editada por Pontrandolfo (1987).

El editor ha adoptado el criterio de acentuar las palabras (criterio que nosotros seguiremos aquí). Respetando una conocida regla de acentuación «dórica» de los gramáticos, G. no hace retroceder el acento a la antepenúltima sílaba en la 3.^a pers. pl. ἀρμόχθεν del tratado entre Sibaris y los serdeos (n.º 6, 1; Olimpia < Sibaris, ¿550-500?); cf. también la acentuación «dórica» de la forma Ποτιδάν (= át. Ποσειδῶν) citada en las pp. 32 y 96. En cambio, contra lo que parecen indicar los gramáticos (si es que hay que interpretar en este sentido la acentuación «dórica» de formas como παῖδες, γυναῖκες frente a át. παῖδες, γυναῖκες), G. acentúa como properispómenas las formas Συβαῖται, Σερδαῖοι en la citada inscripción n.º 6, ll. 1-2 y 3.

De acuerdo con la convención habitual, G. indica sistemáticamente la cantidad de las vocales largas ē y ō, pero también —contra lo que es uso común— la de ā (para la que el alfabeto griego nunca contó con una notación especial). En la indicación de la cantidad se detectan inconsecuencias: así, no se marca como larga la ā del citado aor. ἀρμόχθεν, ni tampoco la del gen. ΔεξιλάFō (n.º 1, 2; Sibaris, ¿ca. 625-550?). Por el contrario, no es ni mucho menos segura la ō larga que G. (pp. 47 y 50) atribuye a δαμιογός (n.º 28, 4; Petelia, ¿ca. 500?) y δαμιογέοντος (n.º 30, 2; Crimisa, ¿ca. 500-475?); también Landi (1971: 114 *et passim*), pero no (1979) *passim*, y no puede ser de ningún modo larga la α de δόξαν (n.º 39, 4; Metaponto, s. VI).

Cada lema viene encabezado por una lista de ediciones y estudios monográficos, que incomprensiblemente G. no siempre cita en el orden determinado por su fecha de publicación. Conviene estar precavido ante estas listas bibliográficas, que no siempre son exhaustivas: p. ej., el encabezamiento de la inscripción n.º 30 (Crimisa, ¿ca. 500?) remite —por este orden— a *SEG* 4, 75, Landi (1979, n.º 173) y Jeffery (1961 [= Jeffery y Johnston 1990]: 410, n.º 30). Quien consulte estas referencias, comprobará que la inscripción, publicada por primera vez por Vogliano en 1914 y reeditada por Comparetti en 1916 en dos publicaciones de no muy fácil acceso, figura también en dos repertorios

muy conocidos: los *DGE* de Schwyzer [1923], n.º 436.2 y Arangio-Ruiz y Olivieri (1925, n.º 18).

Hubiese sido deseable que los textos viniesen acompañados por fotografías o facsímiles de las inscripciones, pero esto quedaba fuera de las intenciones del autor y habría disparado el precio del volumen. Pese a este inconveniente, que obligará al lector a recurrir a publicaciones anteriores, el libro de G. constituirá un útil y cómodo instrumento de trabajo para todo especialista interesado en la epigrafía de las colonias aqueas.

4. Por contra, el comentario de las inscripciones —especialmente, en sus aspectos lingüísticos— y la gramática histórica en su conjunto no despiertan el mismo entusiasmo.

4.1. Un primer defecto es el «italocentrismo» del autor, que queda bien patente en la selección de obras de la bibliografía general. De los 36 títulos catalogados, 19 corresponden a autores italianos. Muy por encima de todos los demás sobresale Renato Arena. De este estudio, que es objeto de un encendido *épinos* en la p. 98, se citan trece títulos (más de un tercio de las referencias bibliográficas). Dado que una buena parte de ellos no son de alcance general, sino referidos a cuestiones específicas, si G. hubiese sido coherente con sus propios criterios de selección, no debería haberlos incluido en la bibliografía.

Por contraste, se echan en falta obras de referencia estándar como Buck (1955), Chantraine (1961), Lejeune (1972), Rix (1976), Allen (1987) o, en materia de repertorios de inscripciones, los *Carmina Epigraphica Graeca* (= *CEG*) de Hansen (1983). Una simple consulta a estos libros habría evitado bastantes errores.

4.2. Con una sola excepción (cf. § 8.2 *infra*), G. sigue de manera poco crítica las opiniones de Arena. Así, de acuerdo con este autor, «Gli alfabeti greci in Italia», *Atti del Convegno «La scrittura nell'Etruria antica»*, Orvieto 1985 (*non vidi*), G. sostiene que *Φάλλος (n.º 24, 3; Crotón, ¿550-500?) presupone una variante más antigua Φάφυλλος [p^hayullos]. Que *Φάφυλλος ceda ante Φάλλος porque <FY> sería una grafía redundante, no es probable: si bien es cierto que históricamente <F> y <Y> derivan de un mismo signo fenicio *waw*, en el alfabeto griego ambas letras son independientes una de otra.

Según la interpretación más extendida (cf. en fecha muy reciente, Bile 1988: 107), las grafías como át. αFυτάο, jón. (Naxos) αFυτό,

cret. τάφυρος y el hipotético *Φάφυλλος reflejarían una pronunciación [a.wu] con «hiatización» del diptongo ([aυ] > [a.u]) y aparición de un *glide* de transición ([a.u] > [a.wu]). En la ortografía convencional los estudiosos indican esta pronunciación colocando el espíritu sobre la vocal inicial de palabra: ἄφυτάρ, ἄφυτῶ. Un proceso /aυ/ > [a.u] > [a.wu] no carece en sí mismo de verosimilitud fonética: cf. lat. *tauru* < calabrés *táwuru* > *távuru* (Rohlf's 1966: § 43). Sin embargo, si como apunta Hansen, *CEG*, n.º 18 —aunque sin llegar a extraer la lógica consecuencia—, la métrica exige que át. αFύτάρ, αFύτῶ sean bisílabos (nótese el cambio en la colocación del espíritu), es impensable que <F> represente «the natural glide before the u-sound» como sostiene Buck (1955: § 32) en un pasaje citado por Hansen a contrape-lo de su observación: secuencias como [aw̥.C], [aυ̥.C] o [aυ̥.υC] pertenecen al terreno de los *adynata*. El tipo αFύτάρ no es, pues, comparable a et. δύφε o cret. μυαμονεύφην, donde, en efecto, la <F> refleja una semiconsonante de transición entre /u/ (o la semivocal [υ] segundo elemento de diptongo) y la vocal en hiato de la sílaba siguiente.

Dicho esto, <F> en Φάφυλλος es posiblemente una mera grafía para representar [u] —no está excluida una cierta obstruentización del segundo elemento del diptongo (cf. Méndez Dosuna 1985: 109 a propósito de locr. ΝαFπακτίον). Las grafías como αFύτάρ deben haber surgido por contaminación entre αύτάρ y αFτάρ.

4.3. Una segunda cuestión en la que G. (pp. 40-42 y 93) sigue de cerca a Arena es la interpretación de la grafía <Z> en *ἡξατο* (= cf. jón. ἔσατο, *IG* xii. 5. 615; Iulis de Ceos, s. V) en la citada inscripción n.º 24, 14 y *τέζαρα* (n.º 46, 3; Siris/Metaponto, *ζ*550-500?), donde <Z> nota los resultados de los grupos sordos **ts* (**ds*) y **tw*, frente a lo que es habitual en la mayoría de los dialectos, en que representa el resultado de los grupos **j*-, **dj*-, **gj*-, **g^wj*-. cf. en otras inscripciones de las colonias aqueas, Ζεύς (n.º 6, 5-6; Olimpia < Síbaris, *ζ*550-500?), ζῶός (n.º 30, 4; Crimisa, *ζ*ca. 500?) y ἀπύγιζε (sobre esta forma, vid. § 8.17 *infra*) en la nueva inscripción de Posidonia (Pontrandolfo 1987, l. 2, *ζ*ca. 480-470?).

A juicio de G., el uso anómalo de <Z> en *ἡξατο* y *τέζαρα* se explicaría en última instancia por un proceso de ensordecimiento /dz/

> /ts/. Según Arena (1971), una evolución análoga habría tenido lugar en Creta, donde —salvo contadas excepciones— esta grafía se utiliza en las inscripciones arcaicas tanto para el resultado de los grupos sonoros citados (p. ej., $\delta\iota\kappa\acute{\alpha}\zeta\omicron\nu\tau\alpha\varsigma$) como para el de los grupos sordos $*t(h)j$, $*k(h)j$, $*tw$ (p. ej., $\acute{\alpha}\nu\delta\acute{\alpha}\zeta\alpha\theta\alpha\iota$ = Hom. $\acute{\alpha}\nu\alpha\delta\acute{\alpha}\sigma\sigma\alpha\sigma\theta\alpha\iota$). Que, pese a todas las apariencias, los grupos sordos y sonoros no se habían confundido en cretense, está fuera de duda entre otras cosas porque a partir del siglo V se imponen grafías distintas para los primeros, notados como <(T)T>, y para los segundos, representados por <(Δ)Δ< (para más detalles cf. Brixhe 1975). Dicho de otro modo, en Creta tras la grafía <Z> de la época más arcaica se esconden —sean las que sean— dos realidades fonéticas diversas. Por razones que expongo en otro lugar (Méndez Dosuna, en prensa), las africadas /t)ts/ y /d)dz/ no son la única opción posible, ni siquiera la más verosímil.

Un segundo argumento a favor del referido ensordecimiento /dz/ > /ts/ (Arena 1965) vendría dado por los préstamos griegos en el latín de época arcaica, donde -ss- corresponde a gr. -ζ-: cf. $\rho\omicron\upsilon\phi\upsilon\rho\acute{\iota}\zeta\omicron\nu$ > *purpurissum*, $\mu\acute{\alpha}\zeta\alpha$ > *massa*; cf. también dór. $\zeta\acute{\omega}\nu\alpha$ > *sona* con s- en posición inicial. El resultado sordo -ss- del latín se explicaría a partir de una pronunciación /ts/ característica de las colonias aqueas. Pero el argumento es débil. Es verdad que el valor de <Z> en época helenística es incierto. Con toda probabilidad, coexistían pronunciaciones distintas de pendiente de las regiones. En cualquier caso, el testimonio de la métrica no deja lugar a dudas de que <Z> representa un sonido 'doble' ($\underset{\cdot}{z}$ [zd], /ddz/, /zz/?), que en la métrica forma posición. Dado que en el momento en que se adoptaron (y adaptaron) los préstamos en cuestión, el latín no contaba ni con /d)dz/ ni con /zz/ sonora geminada, ni tampoco con /z/ en posición inicial de palabra, los únicos sustitutos posibles para <Z> eran /ss/ en posición intervocálica, /s/ en posición inicial (cf. Allen 1978: 46). Téngase en cuenta que ni siquiera la sonora /z/ era un sustituto adecuado en posición intervocálica ya que durante el período en cuestión este sonido había evolucionado —o estaba evolucionando— a /r/.

Last but not least, no parece probable que tales préstamos se hayan introducido en latín a través de las colonias aqueas, que ni eran las más próximas al Lacio, ni desempeñaban un papel político o cultural destacado.

4.4. Señalemos de paso que resulta improcedente el breve excurso sobre el futuro y aoristo en -ξ- para los verbos en -σσω (-ττω) y -ζω, que G. (pp. 41-42) introduce a propósito de la forma *hḗζατο*. La generalización del elemento -ξ- (*ἥλιξα*, *ἑσάλπιγξα*) a todos los verbos en -ζω, con independencia de que la raíz terminase en dental (*ἔλπιδ-*) o en velar (*σαλπιγγ-*), sólo afecta a los verbos en que -ίζω, -άζω podían interpretarse como sufijos: cf. la falsa segmentación en formas como *ἐλπ-ίζω* que conduce a la aparición del tipo *πολεμ-ίζω*. Un reanálisis de esa especie sería altamente improbable en el presente *ἴζομαι* (*ιh-ίζομαι* con raíz verbal *h-*?) y completamente imposible en *ἔζομαι*: *ιh-έζομαι* con un inexistente sufijo -έζομαι? No parece una pura casualidad que las formas de aoristo documentadas en los dialectos dorios (cf. *LSJ*. s.v. *ἴζω*) sean siempre en -(σ)σ-, nunca en -ξ-. La situación es bien distinta en el caso de *καθίζω*, que en ático, a juzgar por el fut. contracto *καθιῶ* y el aor. *ἐκάθισα*, perdió pronto su carácter de verbo compuesto (cf. Chantraine 1961: § 358b). En el dórico literario, mientras Pindaro (*P.* 5. 42) utiliza todavía el antiguo tipo *κάθεσσα*, los bucólicos presentan ya formas en -ξ- (Theocr. I, 12; IV, 32 *καθίξῃ*; I, 51 *καθίξας*; Bión, fr. 13, 6 fut. *καθίξει*), que evidencian de manera nítida que el presente se interpretaba como un verbo en -ίζω.

5. Pasando a una cuestión totalmente distinta, G. (p. 87) señala que desde época temprana la Magna Grecia es una zona propensa a la convergencia dialectal. Bartoněk (1975) y Landi (1979) han estudiado los pormenores del fenómeno y, por más que uno pueda disentir de sus análisis en determinados aspectos, nadie se atrevería a cuestionarlos globalmente. Por lo demás, es un hecho universalmente observado que la colonización favorece la nivelación dialectal (cf., p. ej., Hock 1986: § 15.5). Choca, sin embargo, con tal declaración de principios que G. apenas maneje datos de otras zonas del sur de Italia como si las colonias aqueas no hubiesen tenido la menor relación con su entorno más próximo.

5.1. Conviene, por otro lado, puntualizar que resulta poco creíble que desde el s. VII existiese en el sur de Italia una *koiné* (más exactamente *koiná*) dórica como pretende G. (p. 87). Esta *koiná* vendría definida (pp. 94-95) por rasgos como la conservación de *ā* larga, la

flexión de los masculinos en $-\bar{a}^2$, «la forma $\bar{\epsilon}\mu\acute{\iota}$ del verbo sustantivo» [sic], los resultados de determinadas contracciones ($\bar{\alpha}o > \bar{\alpha}$) y el mantenimiento de secuencias de vocales en hiato (αo , $\alpha \epsilon$, ϵo , $\epsilon \alpha$)³, la no asibilación de $-\tau\iota$ y, por último, la generalización de $-\xi-$ a los futuros y aoristos de los presentes en $*-dj\bar{o}$ que hemos comentado más arriba. Todos estos son rasgos compartidos —pero ninguno de ellos con carácter exclusivo— por los dialectos dóricos. Por esta razón, salvo pruebas inequívocas a favor de lo contrario, la reconstrucción comparada tenderá a atribuirlos a una etapa de comunidad (el protodorio y/o el protogriego según los casos) previa a la fragmentación dialectal. En ningún momento podrán ser por sí solos demostración de la existencia de una *koiná* dórica que Buck (1955: § 278) define en los siguientes términos: «substantially Doric, retaining a majority of the general West Greek characteristics, but with a tendency to eliminate local peculiarities, and with a strong admixture of forms from the Attic $\kappa o\iota\nu\acute{\eta}$ »⁴.

5.2. Considerando lo que acabamos de exponer, no puede causar excesivo asombro que el adjetivo «dorico» sirva de comodín y se apli-

² G. considera que esta flexión es anterior «alle innovazioni morfologiche apportate dallo ionico-attico mercé morfemi tratti da quella dei temi in -o». Pero los ejemplos aducidos cuadran mal con tal afirmación: así, el nom. $\Sigma\upsilon\beta\alpha\rho\acute{\iota}\tau\alpha\varsigma$ (n.º 3; Sibaris, *¿ca.* 550-500?) presenta ya la $-\varsigma$, analógica de los masculinos temáticos; la desinencia $-\bar{\alpha}$ de los genitivos $\chi\alpha\rho\mu\upsilon\lambda\acute{\iota}\delta\alpha$ (n.º 20; Posidonia, *¿ca.* 500?), $\epsilon\upsilon\alpha\rho\acute{\iota}\delta\alpha$ (n.º 34; Metaponto, *¿ca.* 625-600?), $\Phi\alpha\sigma\acute{\iota}\alpha$ (n.º 35; *ibid.*, *¿ca.* 625-575?), tiene su origen en la forma no contracta $-\bar{\alpha}o$, donde $-o$ se ha tomado de la(s) desinencia(s) de genitivo temático $-o\iota o/*-oo$ (por supuesto, contra lo que cree G., esta innovación no es específica del jónico-ático, sino común a todos los dialectos con la excepción del ático que utiliza la desinencia temática $-ou$). Por inadvertencia, la forma Ἰβήρας (n.º 3; Sibaris, *¿ca.* 550-500?) aparece citada entre los sustantivos masculinos. El tipo de objeto en que aparece, una pesa de telar, deja fuera de duda que se trata del nombre de la propietaria en genitivo.

³ La «chiusura di (ε)ο in (ο)υ» con que LANDI (1979: 78-79) pretende dar cuenta del antropónimo Κλύμενος (al que hace derivar de un inexistente †Κλεόμενος) en una inscripción reciente de Metaponto (n.º 149 de su *corpus*) es ficticia.

⁴ Hay que convenir con G. (p. 89) en que —por distintas razones— las posibles coincidencias entre las inscripciones de las colonias aqueas y el cretense ($\langle Z \rangle$ por $\langle \Sigma \Sigma \rangle$ «pangreco» [sic], $\pi\tau > \tau\tau$, $\acute{\epsilon}\nu > \acute{\iota}\nu$), a las que cabría haber añadido el nom. pl. del artículo $\omicron\acute{\iota}$, no son prueba de una gran afinidad entre ambos dialectos. Con todo, estos rasgos no pueden representar «l'affioramento di una più antica dorità» toda vez que al menos $\pi\tau > \tau\tau$, $\acute{\epsilon}\nu > \acute{\iota}\nu$ —cuyos testimonios en las inscripciones aqueas no están, por otra parte, plenamente asegurados— son evidentes innovaciones que en ningún caso, pueden remontarse al protodorio.

que de forma indiscriminada a fenómenos tan dispares como la psilosis (p. 16), la no contracción de -εο- (p. 38), la conservación de F- (p. 47), la -ō- de Ἐπίκωρος (p. 48), el teónimo Ἀπόλλων con -ο- en lugar de la -ε- «della forma dorica canonica (Ἀπέλλων)» (p. 97). En todos los casos el adjetivo es inadecuado por exceso (ni la psilosis ni Ἀπέλλων son rasgos compartidos por todos los dialectos del grupo occidental) y/o por defecto (todos estos rasgos se documentan en dialectos de otros grupos).

6. Parece, en cambio, extraño que G. no preste la menor atención a rasgos que en principio son ajenos a los dialectos occidentales. Así, ¿el nom. pl. masc. del artículo οἱ (en lugar de dór. τοί) de la inscripción n.º 6, 1 y 2; cf. también l. 6 κῶλλοι = καὶ οἱ ἄλλοι (Olimpia < Síbaris, ¿ca. 550-500?) es un rasgo del dialecto de los misteriosos serdeos que firman el tratado con Síbaris, si es que estos eran jonios como sugiere el propio G.? ¿Es acaso uno de los rasgos del dialecto hablado en Acaya antes de la llegada de los dorios (cf. arc. οἱ)?

En una tablilla de bronce inscrita en alfabeto aqueo (n.º 46, 3; Siris/Metaponto, ¿550-500?), en lugar de la variante pandoria τέτορα, se atestigua el numeral τέζαρα, ya comentado más arriba desde otro punto de vista. Su primera editora, Guarducci (1958), atribuyó este texto, un breve inventario de objetos pertenecientes al santuario de la θεὸς ἐπὶ Σίρι (probablemente Deméter), a la ciudad de Siris. Más tarde (1967: 117s.), prefiere ver en ἐπὶ Σίρι una referencia al río que dio nombre a la colonia. Según la tradición, Siris fue fundada por emigrantes jonios de Colofón ca. 675, pero hacia 530 a.C. —a fines del s. VII o comienzos del s. VI en opinión de Guarducci (1978)— cayó derrotada ante una coalición formada por Síbaris, Crotón y Metaponto.

La propia Guarducci (1978: esp. 287-288) volvió por tercera vez sobre este texto con un planteamiento diferente: la inscripción habría sido redactada por iniciativa de Metaponto en el momento en que esta ciudad, inmediatamente después de la destrucción de Síbaris (ca. 510), habría pasado a ejercer su hegemonía sobre Siris⁵.

⁵ A pesar de citar a Guarducci (1978) en el encabezado de la inscripción n.º 46, en la nota 1, dedicada a discutir el problema del origen de la tablilla, G. no se hace eco de su propuesta, sustancialmente distinta de la planteada en publicaciones anteriores.

La presencia de *τέζαρα*, cuyo carácter no dorio, por sorprendente que esto pueda parecer, ha pasado completamente desapercibido a los estudiosos que se han ocupado de este texto⁶, se presta a distintas hipótesis que no pueden quedar disociadas del problema general que plantea el origen de la inscripción. Si aceptamos con Guarducci (1958) que esta se redactó *in situ* en la propia Siris, *τέζαρα* puede ser una venerable reliquia del dialecto jonio (cf. jón. de Efeso *τέΤαρας*, Hom. *τέσσαρα*) que se habló en la colonia hasta su derrota frente a la coalición aquea. Si, por el contrario, admitimos que la inscripción fue redactada en Metaponto —pero ninguno de los argumentos de Guarducci (1978) parece definitivo—, habrá que suponer que *τέζαρα* es un elemento del dialecto hablado en el norte del Peloponeso en el segundo milenio, milagrosamente preservado (cf. arc. *τέσ(σ)αρα* en un epigrama en honor de un olímpionica arcadio, *IvO* 164,4 = J. Ebert 1972, n.º 32: Olimpia, ca. 400 a.C.); cf. *infra* § 7.4, sobre otras posibles reliquias predorias en las colonias aqueas. Por el momento, a falta de datos más concluyentes, la primera opción parece preferible.

7. Un capítulo especialmente confuso es el relativo a las peculiaridades aqueas (pp. 96-98). El lector no siempre está seguro de cuándo por «aqueo» debe entender el dialecto hablado en Acaya en época histórica («acheo storico» en la terminología de G.) y cuándo, el protodialecto reconstruido por Otto Hoffmann como antepasado común del grupo eolio y del arcado-chipriota («protoacheo»). ¿En qué sentido son rasgos «aqueos» la apócope de preposiciones, el vocalismo *-o-* de *Ἀπόλλων*, la palabra *κράδεσμον* ‘diadema’ (n.º 46, 3; Siris/Metaponto, ¿550-500?), el uso de *πρόξενος* con el sentido de ‘garante’ (n.º 6, 5, Olimpia < Sibaris, ¿550-500?; 27, 6, Caulonia, ¿500-475?; 28, 5, Petelia, ¿500-475?) o los *Kurznamen* [Θρ]ασύς (n.º 58b; Metaponto, ¿450-400?), *Καλ(λ)ίας* (n.º 59; Metaponto, ¿425-400)? En cuanto a la conocida epiclesis de Zeus, ¿la forma *Ἰομάριος* transmitida por los manuscritos de Polibio II, 39, 6 es más o menos «aquea» que el *Αμάριος* atestiguado epigráficamente?

⁶ Arena (1971: 24, n.º 120) califica a *τέζαρα* de «acheo». ¿En cuál de los dos sentidos?

7.1. Dentro del mismo apartado (pp. 97-98), G. comenta que el alfabeto de las inscripciones arcaicas no permite establecer si el aqueo colonial pertenecía originariamente a la *Doris mitior* o a la *severior*, pero no cree necesario hacer mención de la discrepancia existente al respecto entre las inscripciones recientes de la metrópoli y las que —en muy escaso número por el momento— han aparecido en sus colonias⁷. Como es sabido, las primeras se encuadran en el tipo *mitior*: cf. *SEG XVI*, 375, 3 βουλ[ά], 9 Πατρεις (Egio, fin. s. IV); *SGDI* 1615 (+ *SEG XI*, 1259) 2 πολεμάρχους, 3 ἐγγράφειν, 8 [γ]ερουσία, 13 ἔξουσία, 15-16 τοῦ Ἀπόλλω[νος], 16 τοὺς δαμιοργούς (Dime, s. III); *DGE* 429, 3 ὀδελοῦ, 6 ψημυθιούσθαι, 10 παρσεβέουσα (Dime, ss. III/II); etc. Las segundas, en el *severior*: Landi (1979), n.º 151 ἡμί (Metaponto, época helenística); n.º 170, 5 y 6 Ἰστιαίω, 11 τῶργυρίω (gen.), 13 πωλήν (Terina, fin. s. IV)⁸.

Bartoněk (1972: 79-86) y (1975: 24-25) supone que eran las colonias las que conservaban la situación original y que el vocalismo *mitior* de las inscripciones recientes de la metrópoli se habría introducido en fecha tardía con la adopción de una *Kanzleisprache* convencional basada en la *koiná* noroccidental. Su argumentación se fundamenta en el testimonio de documentos de Cefalonia e Itaca, islas en cuyas inscrip-

⁷ Resulta intrigante que tampoco Landi (1979) se plantee este problema con relación al dialecto de las colonias aqueas sobre todo después de haber insertado un extenso informe sobre la distinción entre *Doris mitior* y *Doris severior* y sus implicaciones para la clasificación dialectal desde el punto de vista de Bartoněk (pp. 40-42), y haber dedicado un capítulo entero (pp. 70-77, esp. pp. 71 y 75) a discutir la posición de Blomqvist (1975) sobre el caso concreto del dialecto de Locros Epizefirios. La intriga se convierte en estupefacción al comprobar que, en el cuadro de las pp. 99-100, Landi atribuye a las colonias aqueas un sistema de vocales largas de la *Doris severior* desde el siglo VI —¿desde la época de los primeros testimonios escritos, en los que, por otro lado, no se puede precisar la naturaleza de las vocales medias largas?— en contradicción con el mapa de la p. 102, donde las colonias aqueas aparecen entre los dialectos de la *Doris mitior*.

⁸ Bartoněk —a título de hipótesis y con toda clase de prevenciones— pone en relación con las colonias aqueas la *tabella defixionis* *DGE* 315 (= Landi 1979, n.º 114; s. III), aparecida, en algún lugar indeterminado del Bruttium y tradicionalmente atribuida a Locros Epizefirios. Tras el hallazgo de las tablillas del archivo del templo de Zeus, cuya lengua ofrece notables puntos coincidencia con la de la *defixio*, la atribución a Locros —para la que antes no existía demasiado fundamento— es prácticamente segura (cf. Blomqvist 1975: 18).

ciones arcaicas es patente el influjo de Acaya. Así, el vocalismo de ἐκεχηρίαν y ἐνεκέχηρον en un decreto de los cefalénios de Same (*IvMg* 35, ll. 11 y 31; Magnesia del Meandro, p.a. 200) dejaría traslucir el estado de cosas más antiguo frente al vocalismo «reciente» de otras formas en la misma inscripción (cf. 1 Λυκίνου τοῦ Λύκου, 7-8 τοῦς [*E]λλανας, 10 παρακαλούντων, 13 ὑπαρχούσας, 18 καλεῖν, 23 εἶμεν, etc.) y la variante ἐκεχειρίαν atestiguada en el decreto de la Liga Aquea, *IvMg* 39, 16, paralelo al anterior; cf. también ἐκε[χ]ειρίαν en una *Asylieurkunde* de la ciudad aquea de Egira (*SEG* XII, 371, ll. 41 y 51; ca. 242).

El vocalismo antiguo reaparecería en nombres propios con un elemento Κλην- (< **Klewesn-*) que se documentan en epitafios tardíos de las Islas Jonias (Κληναγόρα, *IG* IX 1. 671, 7, Itaca; Κληνίπταν, *IG* IX 1. 600, 2, Zacinto) y en el demostrativo τήνω de un epigrama sepulcral de Itaca, *IG* IX 1. 658, 1 [= Peek *GV* n.º 102] (ss. III/II) al lado de βουλᾷ (l. 3).

Antes de pasar a enjuiciar la validez de estos argumentos, es oportuno señalar que existen otros posibles ejemplos de contracción de vocales con resultados del tipo *severior* que acertadamente —es importante subrayarlo— Bartoněk no toma en consideración. En la *lex sacra* *DGE* 429 (Dime, ss. III/II), al lado de las formas con vocalismo *severior* citadas más arriba, en vez del esperable αὐλεῖν, se lee el infinitivo αὐλήν (l. 7), en el que Bechtel (1922: 882) cree reconocer una hipotética flexión en -ήω. Pero en vista de la poca confianza que inspiran los presuntos ejemplos de dicha flexión (Méndez Dosuna 1985: 228-230 con referencias), parece más probable que la desinencia del inf. αὐλήν se haya tomado analógicamente de la flexión en -άω aun cuando en los dialectos occidentales la nivelación suele operar en sentido contrario (vid. Buck 1955: § 161. 2).

También son irrelevantes los genitivos temáticos en -ω de una lista de árbitros nombrados por la Liga Aquea —por su estado fragmentario, la inscripción sólo nos permite precisar que algunos de ellos eran naturales de la ciudad de Dime— para mediar en un conflicto territorial que enfrentaba a dos ciudades (no identificadas) del Peloponeso, *SEG* XIII, 278 (Egio, ca. 250-200). La interpretación más natural de los genitivos Εὐφράντω (l. 7), Αἰγίνω (l. 9), Γοργάσω y Ἀ[λεξ]ιμάχω

(l. 12), etc. es la que propone Bingen (1953: 619-620): mientras el texto de la sentencia se reproduce respetando con todo escrúpulo el dialecto aqueo en que fue emitida (cf. los genitivos en -ου, l. 2 τοῦ 'Ριγο[στασίου], 3 [ποτ?]αμοῦ), en la relación de jueces se utiliza la desinencia -ω propia del dialecto local de una de las dos ciudades litigantes, la que se encargó de grabar la inscripción. Es interesante observar que la adaptación al vocalismo de la *Doris superior* no ha progresado más allá de la desinencia y que, en los antropónimos Κλεινοξένω (l. 13), Φιλοκλείδα (l. 21), se ha respetado el vocalismo original⁹.

En otro lugar (Méndez Dosuna 1985: 275-276), he defendido la hipótesis diametralmente opuesta a la de Bartoněk: es la metrópoli la que ha conservado el arcaísmo y las colonias las que han innovado pasando de un sistema de siete vocales largas a uno más simple de cinco. Idéntica evolución separa el locrio de Grecia (*mitior*) y el de Magna Grecia (*superior*). Cf. también Ruijgh (1984: 64-71) (1986: 454-455), Brixhe (1989: 38).

Los argumentos que Bartoněk esgrime en favor de su hipótesis son poco consistentes. En primer lugar, como él mismo concede, a fines del siglo III, Cefalonia e Itaca estaban integradas en la Liga Etolia. No puede ser fruto de la casualidad que en el referido decreto enviado por los cefalénios a Magnesia del Meandro (*IvMg* 35) y en su compañero de los itacenses (*IvMg* 36), se documenten dos rasgos tan característicos de la *koiná* nordoccidental (Buck 1955: § 279) como el dat. pl. atemático en -οις (cf. *IvMg* 35, 13 Μαγνήτοις; *IvMg* 36, 13 νομιζόντοις) y la construcción con ἐν + ac. (*IvMg* 35, 7-8 ἐν τοῖς [Ἔ]λλανας, 8 ἐν τῷ ἱερῶν, 18 ἐμ προεδρίαν, etc.; *IvMg* 36, 8 ἐν τοῖς Ἐλλανας, ἐν τῷ ἱερῶν, etc.). Significativamente, ambos rasgos están ausentes de la correspondiente inscripción de la Liga Aquea, *IvMg* 39, donde aparecen el dat. Ἐλλασιν (l. 38) y la preposición εἰς: εἰς στάλαν (l. 38), εἰς τὸ ἱερῶν (l. 38), εἰς [τοὺς ν]όμους (l. 44). Los datos de las inscripciones de Cefalonia e Itaca no parecen en principio extrapolables al dialecto de Acaya.

⁹ La interferencia dialectal se traduce en una variación 'morfográfica' (el término es de Brixhe 1989, quien analiza situaciones comparables en textos monodialectales).

Descendiendo al detalle de la argumentación, hay que advertir que los antropónimos en Κλην- y el demostrativo τήνω no ofrecen absoluta garantía. En primer lugar, los originales de estos textos — conocidos sólo a través de copias del siglo XIX— se encuentran en paradero desconocido. Esta circunstancia impide verificar la exactitud de las lecturas¹⁰. En segundo lugar admitiendo que estas son correctas, no se puede olvidar que se trata de inscripciones de fecha tardía en las que no es impensable que Κλην- refleje un fenómeno de itacismo. Por otro lado, la forma τήνω puede haberse imitado de la poesía alejandrina contemporánea en dialecto dorio¹¹.

Por lo que respecta a ἐκεχηρίαν, es preciso recordar que, en distintos dialectos de la *Doris mitior*, el nombre de la 'mano' y sus derivados —entre ellos, naturalmente el compuesto ἐκεχειρία (<*ἐχε-χειρ-ία)— presentan un vocalismo χηρ- y no χειρ- como cabría esperar: así en argólico oriental, en una estela de Epidauro, *IG IV² I. 121* (fin. s. IV), las formas τὰς χηρός (l. 22), τὰν χήρα (ll. 27 y 28), εἰς τὰς χήρας (l. 96) coexisten con τοῦ Ἀσκλαπιοῦ (l. 2), ἐνιαυτούς y κνούσα (l. 3), [κοι]μαθείσα (l. 11), ἐσσεισθαι (l. 12), ἐκτείνειν (l. 27), etc.; para ejemplos de χηρ- en los dialectos nordoccidentales, vid. Moralejo Alvarez (1973: § 76), Méndez Dosuna (1985: 77-78). En teoría, sería posible que estas formas anómalas fueran préstamos tomados de los dialectos de la *Doris severior*. La hipótesis de un préstamo interdialeccal, que con razón critica Ruijgh (1989: 160), sería adecuada en el caso de ἐκεχειρία/ἐκεχηρία, un término que incide de lleno en el ámbito de las relaciones internacionales, pero resulta poco probable en

¹⁰ Para Κληνίπταν, Boeck, *CIG* 1934 (= *IG IX* 1. 600) recoge como variantes de distintos editores ΚΛΗΝ-, ΚΛΙΝ-, ΚΛΕΝ-, ΕΛΕΝ-. La inscripción *IG IX* 1. 671 de Itaca presenta un sospechoso parecido con la n.º 577 atribuida a Léucade. Dittenberger (*ad loc.*) no descarta la posibilidad de que trate de un único documento.

¹¹ El epigrama está compuesto por dos disticos, cuyos hexámetros —ambos con diéresis bucólica— son torpes desde el punto de vista de la métrica: en el v. 3 hay que escandir Τιμέαι δέ; el v. 1, se mida como se mida el segundo hemistiquio ὦ ξέν', Εὐθυδάμω —nótese que este nombre propio no es compatible con el ritmo dactílico—, es hipémetro. Es impensable una construcción con dativo (τήνω<ι> τοι τόδε σάμα... Εὐθυδάμω[ι], no tanto porque aparezca la *iota* en los dativos ἀμφιάλωι, Ἰθάκαι (l. 2) y βούλαι, Τιμέαι (l. 3), como porque en otros epigramas sepulcrales el nombre del difundo en dativo va ligado a un esquema del tipo σῆμα τόδ' ἔστησεν ὁ δέϊνα τῶι δέϊνι (Peek *GV*, nos. 137-246).

el de χείρ/χῆρ, que es un elemento del vocabulario básico de uso cotidiano. Es, por tanto, preferible suponer con Ruijgh (1986: 458-459, n. 2) que en estos dialectos el tipo χείρ, χείρος, mal integrado en la flexión de los temas en *-r* experimentó una atracción analógica por parte del paradigma más frecuente θῆρ, θηρός.

En conclusión, los datos epigráficos no avalan la hipótesis de Bartoněk. El sistema de vocales largas de la *Doris mitior* que atestiguan las inscripciones de Acaya, parece autóctono y no una importación tardía. Los testimonios de <H> y <Ω> por <EI> y <OY> en las islas Jonias —si es que son auténticos—, no tienen por qué ser restos de una situación antigua y no simples indicios de la confusión reciente de las vocales medias primarias abiertas y las secundarias cerradas.

7.2. Incidentalmente, el pasaje del libro de G. en el que se discute el valor de los signos <E>, <O> como notación de vocales largas en, p. ej., μεδέξ, ἠέζατο, etc., puede servir como botón de muestra de una cierta falta de claridad en la exposición: «Pure da inquadarsi in uno strato cronologico post-acheo, appartenente cioè al pieno ambito della dorità, è l'attestazione di tratti imputabili alla *doris seuerior* quanto a quella *mitior*». ¿No habría resultado más sencillo decir que la ambigüedad de la grafía no nos permite extraer ninguna conclusión de las inscripciones *ni* a favor de un vocalismo de la *Doris mitior*, *ni* a favor de uno de la *seuerior*?

Tampoco son ajenos al autor *les grands mots... vides*. Como ilustración puede servir la apostilla de G. (p. 91) a propósito de Φίσοδ(μ) (n.º 1, 4; Síbaris, ¿ca. 625-550?): «... la presenza del digamma si giustifica anche col tono della redazione del testo benché il tratto sia normale nella dorità coeva. In altre parole, in senso sociolinguistico, si ha qui il coincidere di variante diatopica e variante diastratica».

7.3. Volviendo al problema de las relaciones entre el dialecto de las colonias aqueas y el de su metrópoli, G. no menciona la posibilidad de una discrepancia en el vocalismo del adjetivo ἰαρός/ἰερός. En el aqueo colonial el vocalismo dorio ἰαρ- es regular: ἰαρός (n.º 4, 1; Síbaris, ¿ca. 550?), ἰαργ[- (n.º 11; Posidonia, s. VI), ἰαρόν (n.º 12; *ibid.*, ¿ca. 600-575?; nos. 13, 14 *ibid.*, ¿ca. 550?), ἰαρόδ (n.º 50; Metaponto, ¿ca. 525-500?)¹². Por el contrario, en el aqueo del Peloponeso

ponto, ¿ca. 525-500?)¹². Por el contrario, en el aqueo del Peloponeso se documentan ambas variantes. La forma $\iota\alpha\rho\acute{\omicron}\varsigma$ en *SEG* 3, 329 (Pele-ne, ¿s. V?), contrasta con $\eta\epsilon\rho\acute{\alpha}\varsigma$ (*SEG* 11. 1121; ¿Lusos?, ¿ca. 500-475?) y $\iota\epsilon\rho[\acute{\omicron}]\nu$ sobre una *oenochoe* de bronce (*SEG* 11. 1266; ¿ca. 425?). Hay que reconocer, no obstante, que los testimonios de $\iota\epsilon\rho$ -están lejos de ser decisivos: la primera inscripción es de procedencia incierta y, aunque su alfabeto es aqueo, en ella se manifiesta como en otros textos de la franja fronteriza entre Arcadia y Acaya (Jeffery (y Johnston) 1990: 209, 222-223 y 451) una curiosa mezcla de rasgos dialectales dorios ($\Phi\iota\lambda\alpha\kappa\iota$) y arcadios ($\epsilon\acute{\rho}\omicron\tau\acute{\omicron}\nu$, quizá $[\delta\alpha]\rho\chi\mu\acute{\alpha}\varsigma$); la forma $\eta\epsilon\rho\acute{\alpha}\varsigma$ es, pues, según todos los indicios, arcadia. Tampoco $\iota\epsilon\rho[\acute{\omicron}]\nu$ está libre de sospecha dado que la inscripción muestra rasgos alfabéticos relativamente tardíos (cf. Jeffery (y Johnston) 1990: 222) y además puede tratarse de un objeto importado¹³.

7.4. Así las cosas, de entre los elementos predorios presumiblemente conservados en las colonias aqueas, los más firmes candidatos en orden de probabilidad decreciente son los siguientes:

El topónimo Ποσειδανία (n.º 6, 7-8; Olimpia < Síbaris, ¿ca. 550-500?) y su étnico Ποσειδανιάτας atestiguado en monedas de Posidonia (n.º 17, ¿ca. 550-500?), derivados del teónimo Ποσειδάων, con -σ frente a la(s) variante(s) Ποτ(ε)ιδάων con -τ- de otros dialectos dorios (Buck 1955: § 61.4).

El segundo candidato es el nom. Ἀχιλλῆς en una inscripción de Metaponto (n.º 36, ¿ca. 625-575) publicada por vez primera en 1986. Como señala G., los nominativos con desinencia -ῆς en lugar de -εύς, aunque característicos del arcadio-chipriota, se encuentran en otras áreas dialectales, por lo que podría tratarse de un rasgo desarrollado de forma independiente a partir del acusativo en -ῆν, fonéticamente

¹² LANDI (1971: 116) relaciona equivocadamente la forma Δυμειάδα (cf. *infra* § 7.17) con el vocalismo de $\iota\alpha\rho\acute{\omicron}\varsigma$ y con la evolución $\epsilon > \alpha$ [sic] de los dialectos dóricos nordoccidentales («es. panf., beot.» [sic]) ejemplificada por la forma $\iota\alpha\rho\acute{\omicron}\varsigma$. Como es sabido, esta forma pandoria tiene un área de difusión mucho más amplia que la del cambio $\epsilon\rho > \alpha\rho$ (p. ej., locr. ἀνφῶταρος) característico del área nordoccidental.

¹³ No son significativos los abundantes testimonios de $\iota\epsilon\rho$ - en documentos recientes puesto que este es uno de los rasgos de *koiné* que se imponen con más facilidad en todas las regiones.

regular, que en casi todas partes fue desplazado por el tipo secundario en $-\eta(F)\alpha$ (cf. Schindler 1976: 352, Peters 1986: 309).

En tercer lugar, la preposición $\dot{\iota}\nu$ (át. $\dot{\epsilon}\nu$) en una conocida inscripción métrica de Metaponto sobre las cuatro caras de un obelisco (n.º 39, 3; s. VI) atestiguaría el cierre de $/e/$ ante nasal típico del arcadio-chipriota (cf. también panf. y con una distribución léxica muy restringida cret. $\dot{\iota}\nu$). Sin embargo, Dubois (1985), con argumentos de peso —entre otros, que en las inscripciones de la zona septentrional de Arcadia a las que antes nos hemos referido, hay $\dot{\epsilon}\nu$ y no $\dot{\iota}\nu$ —, pone en entredicho la lectura $\delta\delta\varsigma\ \delta\acute{\epsilon}\ F' \dot{\iota}\nu\ \dot{\alpha}\nu\theta\rho\acute{\omicron}\pi\omicron\iota\varsigma$ favorecida unánimemente por los editores más recientes (G. entre ellos sin excesiva convicción y sin informar suficientemente de los argumentos de Dubois)¹⁴ y se muestra partidario de rehabilitar la vieja lectura de O. Hoffmann $\delta\delta\varsigma\ \delta\acute{\epsilon}\ F\dot{\iota}\nu\ \dot{\alpha}\nu\theta\rho\acute{\omicron}\pi\omicron\iota\varsigma$ con el anáforico $F\dot{\iota}\nu$ atestiguado en cretense.

Como hemos indicado arriba, el nom. pl. del artículo $\omicron\dot{\iota}$ y el numeral $\tau\acute{\epsilon}\zeta\alpha\rho\alpha$ son otros posibles «aqueismos» del Peloponeso predorio que G. no toma en consideración.

8. En este apartado nos ocuparemos de diversas cuestiones de detalle, en el orden en que aparecen en el libro de G.

8.1. La 3.ª pers. pl. del aor $\acute{\alpha}\rho\mu\acute{\omicron}\chi\theta\epsilon\nu$ = (át. $\eta\rho\acute{\mu}\acute{\iota}\sigma\theta\epsilon\sigma\alpha\nu$) en n.º 6, 1 (Olimpia < Sibaris, ζ ca. 550-500?) es conforme a lo esperable. Como es sabido (cf. Chantraine 1961: § 186), el uso del aoristo en $-(\theta)\eta\nu$ para expresar la pasiva es secundario. El sentido original de esta formación era intransitivo, lo que justifica que el aoristo «pasivo» no tome desinencias medias, sino activas. Curiosamente, esta peculiaridad perdura en griego moderno, donde, pese a las transformaciones experimentadas, el aor. pasivo en $-(\theta)\acute{\eta}\kappa\alpha$ sigue recibiendo las mismas desinencias que los tiempos históricos del indicativo: cf. aor. pas. $\kappa\acute{\omicron}\pi\eta\kappa\alpha$ (át. clás. $\acute{\epsilon}\kappa\acute{\omicron}\pi\eta\nu$). imperf. act. $\acute{\epsilon}\kappa\omicron\phi\tau\alpha$ y aor. act. $\acute{\epsilon}\kappa\omicron\psi\alpha$. La forma con desinencia media $*\acute{\alpha}\rho\mu\acute{\omicron}\chi\theta\alpha\tau\omicron$ que postula G. (p. 18), con « $-\eta\tau\omicron$ secundario mediale», carece de toda base.

8.2. En distintos pasajes se abordan cuestiones relacionadas con la evolución de $h-$. En la p. 19, G. afirma lo siguiente: «Non si tratta

¹⁴ Kiechle (1960: 3-4), que se muestra muy refractario a reconocer otros rasgos predorios en aqueo, admite esta posibilidad para $\dot{\iota}\nu$.

di attribuire una marcata psilosi alla lingua delle iscrizioni achee, *perché il fenomeno riguarda di norma l'inizio di parola* (ἀρ- e non ἄρ- ma -χθ- in ἀρμόχθεν) [...] e l'articolo con oscillazione fra forme aspirate e non aspirate» (cursiva mia: J.M.D.). En realidad, la psilosis —inmediatamente nos ocuparemos del problema específico de la falta de aspiración en ἀρμόχθεν— hace referencia *única y exclusivamente* a la posición inicial de palabra. Esto es así por una razón trivial: en época clásica, salvo en los dialectos con aspiración secundaria de /s/ (p. ej., lac. νικάσας) —y con la posible excepción del préstamo ταῶς (ταῶς según una noticia transmitida por Ateneo 397e)—, la distribución de *h-* era defectiva debido a que, en otros contextos (en contacto con consonante y en posición intervocálica), el sonido había desaparecido.

A propósito de las formas κοῖ (=καὶ οἱ) en la I.2 (*bis*) y κῶπλον (=καὶ ὁ Ἀπόλλων), κῶλλοι [sic] (=καὶ οἱ ἄλλοι) en la I.6 de la misma inscripción, con <K> y no con <X> (χοῖ, χῶπλον, χῶλλοι), G. (p. 19) comenta: «E interessante l'ipotesi del K[unze (1961: 209-210)] per cui nel dorico la psilosi sarebbe canonica nei casi di elisione-crisi, fatto normale in epoca ellenistica, raro in quella arcaica»¹⁵.

Entre la psilosis y la elisión-crisis no existe tal relación de causa y efecto. La interacción entre ambos fenómenos es puramente accidental: como es sabido, tras la introducción del alfabeto jónico, la aspiración deja de notarse en la mayor parte de los dialectos que la conservaban, a fin de evitar la ambigüedad del signo <H>. A partir de ese momento las grafías como ἀφ' ἐκάστου (*sc.* ἀπ' ἐκάστου) o ἀπ' ἐκάστου (*sc.* ἀπ' ἐκάστου) son, en la práctica, el único indicio que permite determinar —pero no con absoluta certeza (vid. *infra*)— si *h-* se seguía pronunciando (cf. Buck 1955: § 57a, Allen, 1987: 53). Una *scriptio plena* como ἀπὸ ἐκάστου, donde ε- puede representar indistintamente ê- o ê-, no es indicativa de nada porque no se establece contacto entre una oclusiva y *h-* inicial de palabra (-T *h-*) susceptible de transcribirse como una oclusiva aspirada (*T^h*).

¹⁵ Contra lo que G. da a entender, Kunze no sostiene en ningún momento una idea tan extravagante como que la elisión y la crasis sean normales en época helenística y raras en época arcaica, sino algo bien distinto: que la contracción de tres vocales seguidas («doble crasis» o elisión + crasis como, p. ej., καὶ ὁ ἐμός > χοῦμός) se encuentra con relativa frecuencia en la poesía helenística, rara vez en la arcaica.

En apoyo de su hipótesis Kunze —quien parece seguir una sugerencia de M. Treu— cita un pasaje de Apolonio Díscolo (*Synt.* 335b Bekker), según el cual en dorio la crasis o la elisión no provocaría el cambio de una oclusiva sorda en la aspirada correspondiente (“ἀπειράκις γὰρ τὰ Δωρικὰ διὰ ψιλῶν ἀντιστοίχων τὰς συναλοιφὰς ποιεῖται»). La fiabilidad de esta información parece confirmada para la poesía dórica por la tradición manuscrita y los papiros. No faltan tampoco ejemplos en las inscripciones. Pero la idea de que la «psilosis» sea efecto de la elisión-crisis es inaceptable. Para Schwyzer (1939: 219, n. 2) —que sigue en este punto a Meister— se trata de un hecho puramente gráfico: una grafía como ἀπ’ ἐκάστου (*sc.* ἀπ’ ἐκάστου) pondría de relieve la autonomía de los dos elementos que intervienen en el sandhi. A mi modo de ver (cf. Méndez Dosuna 1985: 102, n. 47 y 360ss.), existe una interpretación más verosímil: dado que, a juzgar por diversos indicios, en muchos de los dialectos del grupo dorio, las oclusivas aspiradas del griego común habían comenzado a transformarse en fricativas sordas, los signos <Φ Θ X> no eran ya adecuados para transcribir las secuencias *p#h*, *t#h*, *k#h* resultantes de la elisión o crasis. En estas circunstancias, <Π Τ Κ> se ajustaban más a la nueva realidad fonética. Como es habitual en los gramáticos antiguos, Apolonio, a la hora de interpretar sus datos, no es capaz de diferenciar los hechos fonéticos de su representación gráfica.

Pasando a otros problemas relacionados con la psilosis (pp. 93-94), G. descarta con razón una sugerencia de Arena que hace de *h* > Ø un cambio condicionado por el entorno fonético: *h*- ante vocal palatal / Ø ante vocal velar [sic]. Con todo, su propio análisis de los datos no es mucho más convincente. Para explicar los casos de conservación de *h*- en un dialecto donde, contra toda evidencia, la psilosis sería «quasi generale», G. se ve obligado a recurrir a toda clase de coartadas: la *h*- de Ἡέρας (n.º 4, 1; Síbaris, ¿ca. 550?) y Η(έ)ρακλες (<H> = [hē]) (n.º 39, 1; Metaponto, s. VI) sería achacable al conservadurismo ortográfico de los teónimos; la de ἠέξατο (n.º 24, 4; Crotón, ¿ca. 525-475?), a su carácter de *mot technique*. Aún así, hay notación sistemática de *h*- en ἠαρός (para los testimonios, vid. *supra* § 7.3); cf. también Ἡύβριχος en la l.4 de la inscripción publicada por Pontrandolfo (1987; Posidonia, ¿ca. 480-470?).

La solución tradicional (cf. Bechtel 1922: 872, Kieckers 1932: § 179.11), mucho más simple, encaja mejor con los datos. Como en otros dialectos (Buck 1955: § 58a), la tendencia a la erosión fonética característica de las palabras átonas hace que *h-* se pierda de forma sistemática en el artículo: *ὀ* (n.º 1, 2; 4, 4; 6, 5; 39, 1), *οἰ* (n.º 6, 1 y 2). Así lo intuye el propio G. (p. 61): «La psilosi [...] è legata all'articolo specie maschile» (nótese que esta precisión es superflua porque no hay testimonios de nominativos femeninos)¹⁶. Por el contrario, *h-* se mantiene con entera regularidad en las palabras tónicas¹⁷.

Las aparentes excepciones a la regla no son tales: como indicaremos más abajo (cf. § 8. 10). *ταῦτὸ* representa la contracción de *τὰ αὐτὸ*. Con respecto a *ἀρμόχθεν* (n.º 6, 1; Olimpia < Síbaris, ¿ca. 550-500?) y el antropónimo *Ἄρμοξίδαμος* (n.º 28, 6; Petelia, ¿ca. 500-475?), conviene no olvidar que en la familia de *ἄρμα*, el problema viene dado justamente por la *h-* (o el espíritu áspero) que no encuentra apoyo en la etimología (cf. Chantraine, *DELG*, s.v., Lejeune 1972: § 133).

8.3. Es posible que *Κλεόμοτος* (n.º 1, 1; Síbaris, ¿ca 625-550?) represente una etapa anterior al desarrollo de la *-β-* epentética en el grupo *-μϚ-* tal como proponen Arena (1970) y G. (pp. 12, 89, 91). Pero no son desechables otras hipótesis: *-μϚ-* puede ser indicio de un cambio *-μβϚ- > -μϚ-* o una grafía fonológica ya que en griego no se establecía contraste entre [mr] y [mbr]; cf. también Bile *et al.* (1988): 110, n.º 115). En todo caso, la aparición de una oclusiva epentética en la secuencia *-μϚ- > -μβϚ-* sólo se justifica a partir de una silabación

¹⁶ Landi (1971: 114-119) ve en la forma *hα·* en una lámina de bronce de Caulonia (n.º 27, 2; ¿ca. 500?) el nom. sg. fem. del artículo. Pero esta interpretación es incompatible con la aparición del punto en alto que sirve como divisor de palabras. Es sabido que en los textos que utilizan signos para esta función, el criterio básico es fonético (unidad acentual), no morfológico (cf. Lejeune 1972: § 303). Desde este punto de vista, el artículo, átono, no era, por tanto, una «palabra». G. (pp. 45-46) interpreta correctamente la forma *hα·* como una abreviatura equiparable a *δν·*, *ξαν·*, *ις·* en las ll. 5, 7, 8 del mismo texto.

¹⁷ Hay quizá ultracorrección en la forma *hαται* (¿ἐφαται con <H> = [he]?) en la l. 4 de la inscripción Pontrandolfo (1987) (Posidonia, ¿ca. 480-470?) al lado de *εφαται* en las ll. 1 y 3 del mismo texto.

[m.r]; -μφ- no podían ser constituyentes de una misma sílaba como parece creer G.

8.4. En opinión de Arena (1970) y G. (pp. 12 y 91), el «prezioso» elemento -λάFō convierte el patronímico ΔεξιλάFō de la misma inscripción (l. 2) en un «vero *nomen gentilicium*». En realidad, se trata de un genitivo patronímico banal. Los nombres compuestos con un segundo elemento -λα(F)ος (át. -λεως) se encuentran muy difundidos en todo el territorio griego. Es, por otra parte, innecesario hacer hincapié en que λαός (át. λεώς) no es de ninguna manera el equivalente en griego de lat. *gens*.

8.5. Según G. (p. 24), el patronímico Χίō (n.º 9; Sibaris, ¿ca. 525-475?) es «gen. sing. di Χίος, etnico di Κίος [sic]». En realidad, el étnico de Χίος es Χίος <*Χίος.

8.6. G. (p. 26) considera que Νύμφας (n.º 11; Posidonia, s. VI) es ejemplo de un cambio (¿fonético?) «-μφ- > -νφ-»; cf. también p. 92 sobre Ὀλυμπία (n.º 1, 3; Olimpia < Sibaris, ¿ca. 625-550?) y Μίνκων (n.º 28, 5; Petelia, ¿ca. 500-475?) donde G. sugiere que <N> es un arcaísmo gráfico. En realidad, —frente a las grafías fonéticas <M> y <Γ>— <N> ante labiales y velares es una grafía fonológica en una posición, la implosiva, donde el contraste de punto de articulación quedaba neutralizado para las nasales¹⁸.

8.7. Siguiendo una propuesta de M. L. Lazzarini (1984: 409), G. (p. 33) considera que Στρίμπδος (n.º 18, 1; Posidonia, ¿ca. 525-500?)

¹⁸ Esto no debe tomarse de ningún modo como sugerencia de que <N> sea la notación de un archifonema (en nuestro caso /N/) en el que determinados rasgos quedan sin especificar —una interpretación así parece implícita en Lejeune (1972: 146): «La [notation <N>] en exprime simplement le caractère nasal». Lejos de esto, casos como el estudiado evidencian que el archifonema praguense es un concepto carente de realidad psicológica. Un archisegmento haría esperar, al lado de Νύμφας, Μίνκων y Νύμφας, Μίνκων, combinaciones como †Νύμφας, †Μίνκων. El uso de <N> en νύμφας revela que, en posición implosiva, los hablantes identificaban como nasal básica, no una abstracción, sino un segmento completamente especificado: la apical /n/. Este era el término no marcado de la oposición por ser la única nasal posible en posición final absoluta (cf. *sem > ěv) y en las pausas artificiales intersilábicas, propias del estilo hiperarticulado del dictado: normal [num.p^a:s], hiperarticulado [nun. p^a:s]. La situación del griego es paralela a la del español: cf. faltas de ortografía como *ianbién*, *compás* junto a *referéndum* > *referendum*.

representa una variante de Στίλων. Para ello nos veríamos obligados a postular dos alteraciones *ad hoc*: un intercambio de «liquida con vibrante» [sic] y una transposición de vocal y consonante —alteraciones que, por otra parte, dejan sin explicar la aparición de la μ de Στρίμπωνος (cf. también las dudas de L. Dubois, O. Masson, «Bulletin épigraphique», *REG* 100 (1987), p. 444, n.º 743 bis, Bile *et al.* 1988: 108, n.º 109).

8.8. También en coincidencia con Lazzarini, G. (p. 34) ve en el imperativo ἀνκλετέτῶ una asimilación πτ > ττ > τ comparable a la atestiguada en Creta (y también en tesalio, cf. Buck 1955: § 86. 2). Dubois y Masson, *loc. cit.* y Bile *et al.* 1988: 108, n.º 109 prefieren corregir en ἀνκλε<π>τέτῶ.

8.9. En una contera de bronce de Crotón (n.º 22, 2; ¿ca. 550?), G. (pp. 38 y 91) lee de acuerdo con anteriores editores un antropónimo Ἀράνθροπος con un uso anómalo de *goppa* ante vocal no velar («iperarcaismo grafico»). Parece más apropiada la segmentación propuesta por Dubois y Masson, *loc. cit.*, p. 445, n.º 747: Αρ Ἀνθροπος con un antropónimo precedido por la abreviatura del demótico según el uso frecuente en la Magna Grecia.

8.10. Pese a G. (p. 45, 50 y 95), ταῦτῶ (n.º 27, 4; Caulonia, ¿ca. 500-475) y ταῦτ[ὸ] (n.º 30, 3; Crimisa, ¿ca. 500-475?) no resultan de la contracción de τὰ ἑαυτοῦ. Es más que probable que la forma no contracta fuese τὰ αὐτῶ. El uso de αὐτός como reflexivo está atestiguado copiosamente en distintos dialectos (cf. Buck 1955: § 121. 3) y también en aqueo (Bechtel 1922: 886).

8.11. El vocalismo de la forma ática Ἐπίκουρος demuestra que Ἐπικόρος (n.º 28, 7-8; Petelia, ¿ca. 500-475?) no puede proceder de †Επίκοροφος como cree G. (p. 48) incurriendo en el mismo error que Landi (1971: 118). La interpretación estándar de mic. *epikowo* no es †ἐπίκοροφοι, sino ἐπίκοφοι 'vigilantes' (relacionado con el verbo κο(F)έω).

8.12. El nombre Ζαο[τ]ύχ[αι] (n.º 30, 6; Crimisa, ¿ca. 500-475?) no es «un nome diffuso», ni mucho menos el antecedente de Ζωτικός [sic] como sostiene G. (p. 50). El elemento Ζαο-, en lugar del esperable Ζῶ- (< ΖwFo-, atestiguado en la onomástica chipriota), resulta

dente. Si la lectura es correcta —pero cf. las precauciones de Schwyzer, *DGE* n.º 436. 2 («Ζαοστ.?») y de Arangio-Ruiz y Olivieri (1925: 145): («valde incertum») —, la única explicación posible es que Ζαο sea efecto de una ultracorrección surgida por analogía con los compuestos en Σω- y Φω-, que efectivamente proceden de Σα(F)ο- y Φα(F)ο-¹⁹.

8.13. Contra lo que cree G (p. 55), en Εὐαρίδα (Metaponto, fin. s VII) no ha habido «scomparsa di F interno». La -F- en corc. Τλασία-Fο, sic. (Gela) ΠασιάδαFο no es etimológica (cf. Buck 1955: § 105. 2b) y, por lo tanto, la comparación con ΔεξιλάFο (n.º 1, 2; Sibaris, ζca. 625-550?) —una forma de pretendido «conio “épico”»— está fuera de lugar.

8.14. Por razones evidentes, es gratuita la comparación (p. 57) entre Πατροκλῆς (cf. Teócrito XV, 140) y la forma parcialmente reconstruida Πατροκ[λές] [sic] (n.º 36; Metaponto, ζca. 625-575?). Por otra parte, a diferencia del nom. Ἀχιλλέες de la misma inscripción, el tipo Πατροκλής (resultado regular de ΠατροκλέFης) no guarda relación con el problema de las desinencias -εύς/-ής que hemos discutido más arriba (cf. § 7. 4).

8.15. En el dístico elegíaco inscrito sobre un obelisco, mencionado en el § 7. 4, la métrica exige que la última vocal del voc. Η(ἔ)ρακλες (<H> = [hɛ]) (n.º 39, 1; Metaponto, s. VI) sea breve contra lo que haría esperar la evolución fonética regular -κλεFες > -κλες (Hansen, *CEG* n.º 396 remite a *LSJ* s.v. para otros ejemplos de vocativo «breve»). G. (pp. 60-61) opta con poca convicción («sia pure in modo agli occhi nostri non chiaro») por Η(ἔ)ράκλες. Esta «aporia prosodica» ha recibido distintas explicaciones: ha habido distintos intentos (en último lugar, Duhoux 1984) de reinterpretar el esquema métrico y escandir Η(ἔ)ράκλες, con una vocal larga, pero la estructura de dístico elegíaco es demasiado evidente. Dubois (1985: 48-49, n. 28) admite

¹⁹ Es ilustrativo el paralelo con la evolución del adjetivo σά(F)ος > σῶς, forma contracta regular de la que parten las formas secundarias Hom. σός (quizá contaminación con ζός) y at. σῶς.

una irregularidad métrica producida por el deseo de introducir a toda costa una cita de Arquíloco (χαίρει ἄναξ Ἡράκλεις fr. 324 West) incompatible con el esquema hexamétrico²⁰. Hansen (1985) considera que la vocal breve puede ser efecto de una abreviación fonética atribuible al uso como exclamación del vocativo o de una abreviación *metri gratia* («an untidy but not singular error in Greek inscriptional verse»). En mi opinión, es muy verosímil que la forma Ἡράκλεις con vocal breve sea analógica de los vocativos del tipo Διόγενες. Schwyzer (1939: 580, n. 4) rechaza esta explicación porque considera que la proporción entre el nominativo y el vocativo Διογένης: Διόγενες = Ἡρακλῆς: x es insuficiente, pero no hay que perder de vista dos hechos: primero, que por su función y por su forma el vocativo era más afín al nominativo que a otros casos; segundo y más importante, que, si bien en ático ambos paradigmas se mantienen netamente diferenciados, en la mayor parte de los dialectos —incluido el aqueo—, la hiféresis de /e/ hace que —acentuación aparte— la flexión de los nombres en -κλής (ac. -κλέα, gen. -κλέος, dat. -κλεῖ > -κλει) sea idéntica a la de los otros nombres en -s- (ac. -γένεα, gen. -γένεος, dat. -γένει).

8.16. El lector se pregunta por qué tiene un «sapore epico» (p. 73) el genitivo Ἄχελιδῖο [sic] en el reverso de monedas de Metaponto (n.º 48, med. s. VI/s. V). ¿Acaso G. está pensando en genitivos del tipo épico Πριάμοιο? Como el propio G. pone de manifiesto al indicar la cantidad vocalica en Ἄχελιδῖο (cf. át. Ἄχελῶου), la «terminazione» -δῖο no es identificable con la referida desinencia -οιο.

8.17. Δυμειάδα (n.º 19; ὄλπε de bronce, Posidonia, ¿ca. 500?) frente a su base, el étnico Δυμαιοῖς, no resulta de una evolución α > ε ante ι como sostiene G. (p. 95), sino de una disimilación α - α > ε - α y/o

²⁰ El estado de la cuestión que presenta G. es muy insatisfactorio. Aun cuando figura en la lista bibliográfica que encabeza el texto de la inscripción, no hay ninguna evidencia de que G. haya leído el artículo de Hansen (1985) —incidentalmente, el lector puede remitirse a este trabajo si quiere encontrar un resumen claro y exhaustivo de opiniones anteriores sobre el problema. Según G. —quien repite un error de Duhoux (1984: 130)—, Guarducci (1974: 556-557) recurre a un abreviamento *metri gratia* «che non si sa giustificare» para explicar el voc. Η(έ)ρακλεις. En realidad, Guarducci se limita a señalar el paralelo con el referido pasaje de Arquíloco sin mencionar la dificultad métrica.

de una confusión de sufijos (vid. Bechtel 1922: 873, Kieckers 1932: §§ 103. 5-6, 179. 8 y Schwyzer 1939: 258 con referencias).

Un cambio en sentido inverso $\varepsilon > \alpha$ puede aparecer en Posidonia (Pontrandolfo 1987, l. 2; *ca.* 480-470?) donde es preferible leer con M. Peters, «Indogermanische Chronik» 33, G182, *Die Sprache* 33, 1-2 (1987), un imperfecto ἀπύγιζε (= ἐπύγιζε)²¹.

8.18. G. (p. 96) está convencido de que la citada forma Δυμειάδα, así como Χαρμυλίδα (n.º 20, 2; Posidonia, *ca.* 500?) y Εὐαρίδα (n.º 34; Metaponto, *ca.* 525-500?) son adjetivos patronímicos formados con el sufijo -ιδα- [sic] «di coloritura dorica» por oposición a, p. ej., Δεξιλαφο que «esprime il patronimico attraverso il genitivo del nome del padre». En realidad, Δυμειάδα, Χαρμυλίδα y Εὐαρίδα son genitivos patronímicos triviales de antropónimos formados con el sufijo -δᾶς (jón. át. -δης). Este sufijo perdió pronto su productividad: en Homero, los epítetos Πριαμίδης, Λαερτιάδης designan a cualquiera de los descendientes de Príamo y al hijo de Laertes, pero, en época clásica, ni Θουκυδίδης es el hijo de *Θουκύδης, ni Μιλτιάδης el de Μιλτίας. Es interesante comprobar que el sufijo dejó de ser productivo incluso en los dialectos del grupo eolio, en los que el uso del adjetivo patronímico se mantenía vivo. No obstante, a juzgar por la restricción en beocio y en tesalio arcaico impedía derivar adjetivos patronímicos en -ιος de nombres en -δᾶς, la conciencia de la función original del sufijo no se había perdido totalmente en estos dialectos. Como es sabido (cf. Buck 1955: § 168a), para evitar la redundancia de sufijos, en estos casos era preceptivo el uso del genitivo patronímico.

9. A la hora de establecer un balance, el libro de Giacomelli produce impresiones contradictorias. Indudablemente, el *corpus* de las inscripciones aqueas de la Magna Grecia prestará un gran servicio. Por el contrario, el comentario lingüístico y el esbozo de gramática sólo podrán manejarse con extremada precaución. Se detectan errores en la identificación de las formas y en el análisis de los datos que hubieran sido fácilmente subsanables con una mejor información. Hubiese sido deseable una mayor autonomía y sentido crítico respecto de

²¹ La editora sugiere un presente ἀπυγιζε<ι> <ἀν-πº < ἀνα-πº.

estudios anteriores. Los estados de la cuestión no ofrecen absoluta garantía: se omiten informaciones o se atribuyen a los autores puntos de vista que no defienden. La exposición —a veces se diría que el problema trasciende el ámbito de lo formal— resulta a menudo vaga y confusa. La monografía definitiva sobre las inscripciones aqueas de la Magna Grecia está todavía por hacer.

Universidad de Salamanca

JULIÁN MÉNDEZ DOSUNA

REFERENCIAS

- ALLEN, W. S. (1978): *Vox Latina. The Pronunciation of Classical Latin* (2.^a ed.). Cambridge, Cambridge University Press.
- (1987): *Vox Graeca. The Pronunciation of Classical Greek* (3.^a ed.). Cambridge, Cambridge University Press.
- ARANGIO-RUIZ, V. y A. OLIVIERI (1925): *Inscriptiones Graecae Siciliae et infimae Italiae ad ius pertinentes*. Milán [repr. anastática, Roma, «L'Erma» di Bretschneider, 1965].
- ARENA, R. (1965): «Contributi alla storia di lat. *-issō*», *Helikon* 5, 97-122.
- (1970): «Di alcuni antroponimi Greci in *-μοτος*», *Acme* 23, 7-15.
- (1971): *Note linguistiche a proposito delle Tavole di Eraclea*. Roma, Edizioni dell'Ateneo.
- BARTONĚK, A. (1972): *Classification of the West Greek Dialects at the Time About 350 B.C.* Amsterdam/Praga, Hakkert/ Academia.
- (1975): «Greek dialects of Ancient Appenine Peninsula», *Classica atque medievalia Jaroslao Ludvíkovský octogenario oblata*. Brno, Opera Univ. Purkynianae Brunensis, 17-36.
- BECHTEL, F. (1923): *Die griechischen Dialekte, 2. Die westgriechischen Dialekte*. Berlin, Weidmann.
- BILE, M. (1988): *Le dialecte crétois ancien. Étude de la langue des inscriptions. Recueil des inscriptions postérieures aux IC*. Atenas, École Française d'Athènes.
- BILE, M. C., BRIXHE, C. DOBIAS-LALOU, L., DUBOIS, R. HODOT (1988): «Bulletin de bibliographie thématique et critique: dialectologie-archéologie-historie. III Bulletin de dialectologie grecque», *REG* 101, 74-112.
- BINGEN, J. (1953): «Inscriptions du Péloponnèse», *BCH* 77, 616-628.
- BLOMQUIST, J. (1975): «The dialect of Epizephyrian Locri», *OAth* 11, 17-35.
- BRIXHE, C. (1975): Reseña de Arena (1971), *Kratylos* 20, 59-67.
- (1989): «Morphonologie ou morphographémie?», *BSLP* 84, 21-54.

- BUCK, C. D. (1955): *The Greek Dialects. Grammar. Selected Inscriptions. Glossary*. Chicago/Londres, The University of Chicago Press.
- CHANTRAINE, P. (1961): *Traité de morphologie grecque* (2.^a ed.). París, Klincksieck.
- DUBOIS, L. (1985): «Deux notes de dialectologie grecque», *Glotta* 63, 45-51.
- DUHOUX, Y. (1984): «Du neuf sur l'ex-voto de Nicomaque (IG XIV 652)», *ZPE* 54, 127-131.
- EBERT, J. (1972): *Griechische Epigramme auf Sieger an gymnischen und hippischen Agonen*. Berlín, Akademie Verlag.
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M.^a P. (1981): *El argólico occidental y oriental en las inscripciones de los siglos VII, VI y V a. C.* Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca.
- GUARDUCCI, M. (1958): «Iscrizione arcaica della regione di Siri», *ASMG* 2 n.s., 51-61.
- GUARDUCCI, M. (1967): *Epigrafia greca I. Caratteri e storia della disciplina. L'escrittura greca dalle origini all'età imperiale*. Roma, Istituto Poligrafico dello Stato.
- (1974): *Epigrafia greca III. Epigrafi di carattere privato*. Roma, Istituto Poligrafico dello Stato.
- (1978): «Siris», *RANL* 33, 273-288.
- HANSEN, P. A. (1983): *Carmina Epigraphica Graeca: saeculorum VIII-V a. Chr. n.* Berlín/Nueva York, De Gruyter.
- (1985): «The potter Nicomachus and his dedication IG 14. 652 (= CEG 396)», *ZPE* 58, 231-233.
- HOCK, H. H. (1986): *Principles of Historical Linguistics*. Berlín/ Nueva York, De Gruyter.
- JEFFERY, L. H. y JOHNSTON, A. (1990): *The Local Scripts of Archaic Greece. A Study of the Origin of the Greek Alphabet and its Development from the Eighth to the Fifth Centuries B.C.* (2.^a ed. revisada, con un suplemento por A. Johnston [1.^a ed. 1961]. Oxford, Oxford University Press.
- KIECHLE, F. (1960): «Pylos und der pylische Raum in der antiken Tradition. Das Verhältnis des Dialektes von Metapont zu demjenigen Achaïas». *Historia* 9, 1-6.
- KIECKERS, E. (1932): *Handbuch der griechischen Dialekte* de A. THUMB, 1.^a parte (2.^a ed. aumentada por E. KIECKERS). Heidelberg, Winter.
- KUNZE, E. (1961): «Eine Urkunde der Stadt Sybaris». *VII. Bericht über die Ausgrabungen in Olympia*. Berlín, De Gruyter. 207-210.
- LANDI, A. (1971): «Note di dialettologia greca attraverso le iscrizioni delle colonie 'achee' della Magna Grecia», *Klearchos* 13, 113-126.
- (1979): *Dialecti e interazione sociale in Magna Grecia*. Nápoles, Giannini Editore.
- LAZZARINI, M. L. (1984): «Un'iscrizione greca di Pontecagnano», *RFIC* 112, 407-412.

- LEJEUNE, M. (1972): *Phonétique historique du mycénien et du grec ancien*. Paris, Klincksieck.
- MÉNDEZ DOSUNA, J. (1985): *Los dialectos griegos del noroeste. Gramática y estudio dialectal*. Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca.
- (en prensa) «On <Z> for <Δ> in Greek dialectal inscriptions». *Die Sprache*.
- MORALEJO ÁLVAREZ, J. J. (1973): *Gramática de las inscripciones délficas (Fonética y morfología) (siglos VI-III a. C.)*. Santiago de Compostela, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Santiago.
- PETERS, M. (1986): «Zur Frage einer 'achäischen' Phase der griechischen Epos». A. ETTER (ed.): *o-o-pe-ro-si. Festschrift E. Risch zum 75. Geburtstag*. Berlin/Nueva York, De Gruyter, 303-319.
- PONTRANDOLFO, A. (1987): «Un'iscrizione posidoniate in una tomba di Fratte di Salerno», *AION* 9, 55-63.
- RIX, H. (1976): *Historische Grammatik des Griechischen. Laut- und Formenlehre*. Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft.
- RUIJGH, C. J. (1984): «Le dialecte de Théocrite: dialecte cyrénien d'Alexandrie et d'Égypte», *Mnemosyne* 37, 56-88.
- (1986): Reseña de M.^a P. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ (1981): *Mnemosyne* 39, 452-459.
- (1989): Reseña de J. MÉNDEZ DOSUNA (1985), *Mnemosyne* 42, 155-163.
- ROHLFS, G. (1966): *Grammatica storica della lingua italiana e dei suoi dialetti. I Fonetica*. Turín, Einaudi.
- SCHINDLER, J. (1976): «On the Greek type ἰπλεύς». A. MORPURGO DAVIES, W. MEID (eds.): *Studies in Greek, Italic, and Indo-European Linguistics Offered to L. R. Palmer*. Innsbruck, IBS. 349-352.
- SCHWYZER, E. (1939): *Griechische Grammatik. I. Allgemeiner Teil. Lautlehre, Wortbildung, Flexion*. Munich, Beck.

ο ADDENDUM

Una vez entregado para publicación este trabajo, he conocido el interesante artículo de R. Arena, «La documentazione epigrafica antica delle colonie greche della Magna Grecia», *ASNP* III, 19, 1 (1989), pp. 15-48. Por lo que se refiere a los textos de las colonias aqueas, A., que no parece haber tenido acceso a la monografía de Giacomelli, establece un catálogo de 54 inscripciones (pp. 19-24) y ofrece una panorámica de conjunto de sus rasgos dialectales (pp. 38-43).

Como no podía ser menos, junto a un buen número de puntos de vista coincidentes (por citar unos ejemplos ilustrativos, A. observa que las formas τέζαα y οἶ no pueden ser dorias —en su opinión, se trata de rasgos predorios que remiten a un período de convivencia entre Aqueos y Jonios en el norte del Peleponeso), existen cuestiones de detalle en las que discrepamos. En forma sumaria y manteniendo el orden de exposición de mi trabajo, los principales puntos de discrepancia son los siguientes: A. interpreta ahora la <F> en ΦάF<υ> λλος (*sic*) como una grafía tardía y de compromiso en una época en la que <F> estaba cayendo en desuso por la desaparición de /w/ (cf. § 4.2), y equipara las formas psilóticas del artículo —para las que sugiere innecesariamente un influjo jónico— con ἀρμόχθεν y Ἄρμοξιδαμος (cf. §§ 8.2 *supra*). Para la inscripción sobre obelisco de Metaponto (n.º 39 de G.), A. propone (pp. 30-32) una forzada ordenación de las líneas en donde la estructura métrica del dístico elegíaco queda bruscamente interrumpida por la inclusión de la firma del artista; la hipótesis, para la que A. no ha tomado en cuenta la bibliografía más reciente sobre la cuestión, difícilmente puede convencer. La vocal breve de Η(ἔ)ρακλῆς resultaría de nivelación analógica a partir de los casos oblicuos como, p. ej., Ηἔρακλέος (cf. §§ 7.3 y 8.15). Como G., A. atribuye una ὀ larga a Ἐπίκῶρος (cf. § 8.11).